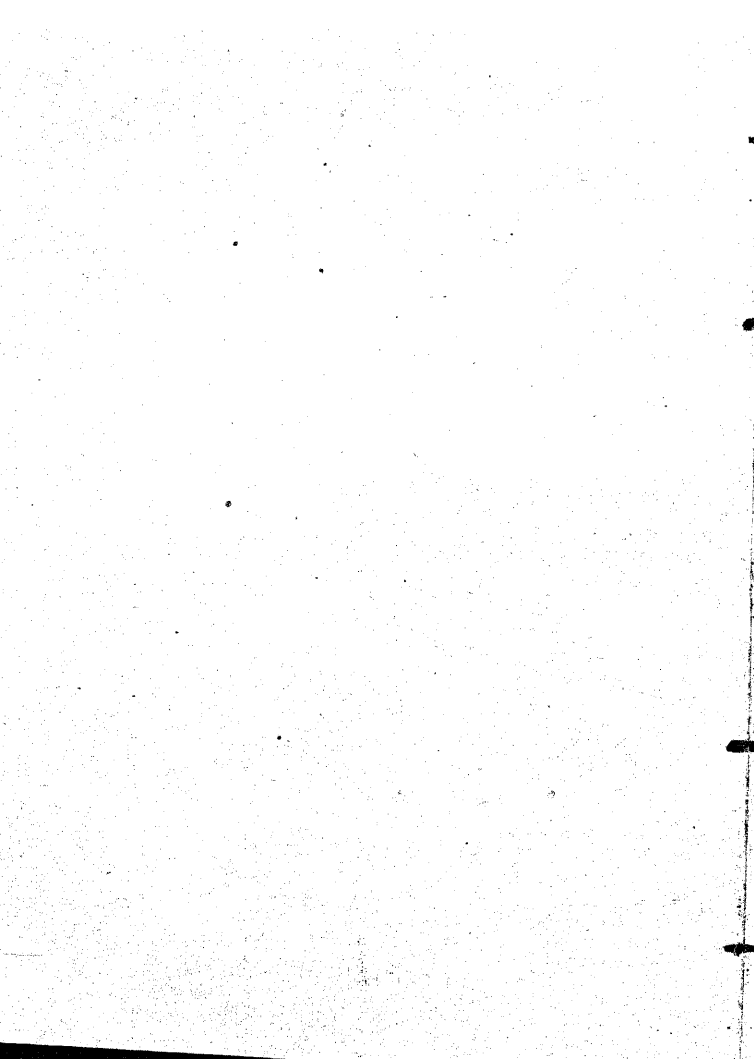






LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

R. 42.948

LA SOLEDAD
DE
MARÍA SANTÍSIMA



PIADOSO EJERCICIO

PARA ACOMPAÑAR Á LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SU SOLEDAD

DURANTE LA NOCHE DEL VIERNES SANTO:

POR

D. JUAN DE DIOS VICO Y BRAVO

Catedrático

de la Universidad de Granada



GRANADA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LÓPEZ GUEVARA

1888

ADVERTENCIA.

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Bienvenido Monzón y Martín, Arzobispo que fué de Granada, por su decreto de 5 de Enero de 1885, previa la censura que de su orden hizo del presente opúsculo el R. P. Manuel de Jesús Martínez, Superior de la residencia de PP. Jesuitas de esta ciudad, se sirvió conceder su aprobación y licencia para la impresión y publicación del repetido opúsculo, concediendo igualmente ochenta días de indulgencia á los fieles del Arzobispado, que practicaran devotamente el piadoso ejercicio que contiene, pidiendo á Dios Ntro. Señor por las necesidades de la Iglesia. Asimismo el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Moreno Mazón, Arzobispo de la referida ciudad, por su decreto de 11 de Octubre de 1888, se ha dignado conceder otros ochenta días, con las mismas condiciones que su antecesor.

DOS PALABRAS DEL AUTOR.

Ni mi carrera, ni los estudios á que me hallo dedicado, se prestan para escribir un libro de devoción. Extraño, pues, podrá parecer publique el presente y no faltará quien, al verlo, me acuse ó de orgullosa petulancia ó de gazonería ridícula. No es producto ni de lo uno ni de lo otro, y fácilmente podré sincerarme de ambos cargos, si llegaran á hacérseme. Estoy firmemente convencido de mi incompetencia para escribir en la materia, pero un compromiso me ha obligado á ello. Varias señoras piadosas de esta ciudad de Granada, que entre sus más bellos timbres posee el de la devoción á los dolores de la Santísima Virgen, á quien aclama y venera como patrona querida en su sagrada imagen de las Angustias, tienen la devoción de reunirse y pasar la noche del Viernes Santo, meditando en la Soledad de la afligida Señora; y careciendo de un ejercicio

adecuado, acudieron á mí, solicitando les escribiera uno á propósito para ocupar devotamente aquel espacio de tiempo. En vano representé mi completa impericia en la materia, la dificultad en la empresa y el peligro de hacer algo mal hecho; inútilmente hice ver que en Granada existían muchos sabios y virtuosos sacerdotes, á quienes y á cualquiera de ellos les sería facilísimo complacerlas; no quisieron oirme, al contrario, insistieron en su empeño, en términos que ya hubiera sido una falta, de mi parte, negarme á complacerlas en absoluto. Cumpló, pues, el piadoso encargo; pero al confesar, como ingenuamente confieso, que no tengo seguridad en haber llenado bien mi cometido, claro es desvanezco los cargos que pudieran hacérseme de orgulloso y petulante.

Empero si ni mis estudios, ni la índole de mis ocupaciones son á propósito para escribir una obrita de devoción, como católico y granadino, tengo gran afecto á María Santísima de las Angustias y hubiera creído cometer una falta para nuestra Madre querida, si al presentármese esta ocasión de hacer algo en su obsequio, me hubiera negado á ello. Esto no es ridiculez ni gatzmoñería, que, censurables siem-

pre, no lo son, ni pueden censurarse, la verdadera devoción, la necesidad de orar: sostener lo contrario, sería negar uno de los dogmas de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Expuestas las razones anteriores, que creo disculpan mi atrevimiento, sincerándome de los cargos que puedan dirigirme, diré algo referente á la forma del ejercicio. Teniendo en cuenta que los que hayan de practicarlo no han de reunirse sino después que terminan los cultos públicos que se acostumbran en los templos la mencionada noche del Viernes Santo, me parece debe comenzar á las once de la noche, para concluir á las seis de la mañana del Sábado; por consiguiente, en este período de tiempo y distribuído en cinco meditaciones, he procurado encerrar todo lo que piadosamente puede creerse pensó y sufrió la Santísima Virgen, desde que murió su divino Hijo, hasta que se le mostró resucitado, alternando con la meditación algunas oraciones vocales y lectura en verso, para hacer lo menos árida posible una materia que, tratada por otra pluma, hubiera encantado por la belleza de exposición y florido de las imágenes, altura á la que yo no he pensado siquiera llegar.

Tanto las meditaciones como las oraciones y

poesías son originales; sólo para la cuarta de aquéllas, en lugar de escribirla, aconsejo á los fieles practiquen el ejercicio titulado: *Via sacra Dolorosa de la Santísima Virgen María*, compuesto por el R. P. Fr. Miguel Therrero, no sólo porque este ejercicio es conveniente para el punto que corresponde entonces meditar, según el plan propuesto, sino porque variando algo la práctica se hará más agradable.

No siendo fácil medir exactamente el tiempo y dar materia para las siete horas, el Director del ejercicio acortará ó alargará la meditación, según aquél lo exija.

Ofrezco, pues, mi trabajo á las personas piadosas, deseando sólo sea para mayor gloria de Dios y honra de nuestra excelsa Patrona María Santísima de las Angustias, á quien yo, el último de sus hijos, me complazco en dedicarlo; sujetándome desde luego al fallo de Nuestra Santa Madre la Iglesia, Católica, Apostólica, Romana.

LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

PRÁCTICA DE ESTE EJERCICIO.

Reunidas las personas que hayan de practicarle, se dará principio haciendo el Vía-Crucis, y terminado, arrodillados ante una Imagen de la Santísima Virgen, se dirá la siguiente (1)

Oración.

Eterno y poderoso Dios, que cuando exigía vuestra justicia trataseis al hombre como á los Ángeles rebeldes, no oyendo sino vuestra misericordia, quisisteis mejor que vues-

(1) Si el ejercicio se practica en casa particular, donde no pueda hacerse el Vía-Crucis, podrá empezarse desde luego con la Oración.

tro unigénito Hijo, tomando sobre sí los crímenes de la humanidad, se os presentara como digna víctima, y expiándolos con la efusión de su inocente sangre, se uniera de nuevo el misterioso vínculo que liga las criaturas con su Criador. Y á este fin escogisteis á la Santísima Virgen María, para que el Verbo Eterno, tomando carne en sus entrañas purísimas, la asociase á la gran obra de nuestra redención, haciéndola participante de los tormentos, amarguras y dolores de su pasión. Yo, el más vil de todos los pecadores, me atrevo, sin embargo, á comparecer ante vuestra soberana presencia, confiado en la poderosa mediación de esta soberana Abogada de los mortales y en los méritos infinitos de la sangre preciosa de vuestro Santísimo Hijo, mi Señor Jesucristo, vertida por mí en el presente día.

En esta confianza, ¡oh Dios mío!, aunque con mis pecados he renovado con frecuencia los sufrimientos de Jesús y los dolores de María, voy á permitirme recordar los unos y los otros, en esta noche que, movido de tu divina gracia, vengo á implorar misericordia y perdón. Esta es la hora en que ya descansando en el sepulcro vuestro divino Hijo, muerto en la Cruz por nuestro amor, su santa Madre se encontraba sola, desprovista de todo humano consuelo y meditando en su aflicción las muchas almas para quienes serían ineficaces los padecimientos del Señor. Yo no quiero contarme en su número, y para ello, detestando mis innumerables y gravísimos pecados, vengo á acompañar á María en su soledad, seguro de que con ello conseguiré las gracias que necesito para conseguir mi eterna salvación. Acep-

tad, Dios mío, este piadoso ejercicio á honra y gloria vuestra, de la Pasión y muerte de Jesucristo y de los dolores y angustias de su Santísima Madre, y por su intercesión concedme que, aborreciendo mis culpas pasadas, pueda en lo sucesivo abstenerme de cometerlas. También os pido, y al propio intento lo ofrezco, porque os dignéis, Señor, socorrer todas las necesidades de todos mis prójimos amigos y enemigos, y muy particularmente de los que se dedican en esta noche á la piadosa práctica de acompañar á la afligidísima María en su soledad, que á todos alcanza el mérito de sus dolores y los de la pasión y muerte de su divino Hijo. Asimismo ruego por nuestra Santa Madre la Iglesia, por el Sumo Pontífice y Prelados de ella, por la conversión de los infieles, herejes y pecadores, y por las benditas almas

del Purgatorio. Mirad muy particularmente, Eterno Padre mío, con ojos benignos á la nación española y á esta ciudad de Granada, siempre tan devota de las angustias de la dulcísima Madre de vuestro unigénito Hijo; haced que todos cuantos imploramos vuestras piedades, acogiéndonos al tutelar amparo de esta Señora, os sirvamos en paz y caridad durante la vida, para conseguir después la gloria, donde cantemos vuestras alabanzas por los siglos de los siglos. Amén.

Dicha esta oración, la persona que dirija el ejercicio leerá pausadamente la siguiente (1)

Invitación.

Fieles cristianos: Cuando la muerte arrebatara una persona del seno de su familia, la caridad impone á los

(1) En la misma forma se leerán las meditaciones que siguen: las oraciones pueden repetirse por todos los concurrentes.

parientes, amigos y conocidos, el deber de acudir á la morada del duelo, para prestar á los atribulados miembros de aquélla el consuelo que tanto han menester. Á su lado permanecemos todo el tiempo necesario, y bástanos saber que algún pariente ó amigo se encuentra en la agonía, para que dejando todos los negocios y ocupaciones, por graves que sean, acudamos á llenar esta obligación sagrada, so pena de ser tenidos por seres sin corazón y sin entrañas, y aun por desconocedores de los deberes que la sociedad impone, dignos de vivir en un desierto, sin más compañía que la de los irracionales. Pues bien; la Santísima Virgen necesita hoy de estos consuelos: su divino Hijo, pendiente de tres clavos en la Cruz, sufre una dolorosísima agonía. ¡Va á morir! ¿Rehusaremos correr á su lado? Si

alguno por desgracia tan lleno estuviera del espíritu del mundo, que cerrando sus oídos á toda palabra de compasión y misericordia, se negara á acudir para consolar á María, pretextando excusas frívolas cuando de tan triste deber se trata, escuche los motivos que tenemos para cumplirlo y llénese de vergüenza y confusión por haber vacilado un solo momento.

Tres son, por regla general, los motivos que nos impelen para ir á llevar consuelos á las personas atribuladas: primero, el respeto y consideración que se merecen; segundo, los vínculos de parentesco y amistad que con ellas nos ligen; tercero, la gratitud que les debemos. Pues bien; ¿quién es el que muere? ¿Á quién debemos acompañar en su aflicción? No es uno de los poderosos de la tierra, cuya voluntad se

ha verificado siempre, merced á los medios de que en toda ocasión pudo disponer: no es tampoco un rey de extensos Estados, ante cuya presencia inclinaron con humildad su frente miles de vasallos: no se trata de la muerte de nuestro padre, que sólo pudo darnos la existencia temporal; ni menos, en fin, de un hombre que, si bien fué nuestro bienhechor, nunca pudo darnos lo que necesitábamos, ni satisfacer cuantas peticiones le dirigimos. ¡Ah! No: es más que todo eso; el que ahora acaba de espirar, dejando su amada Madre sumida en la soledad y en la aflicción, es el Rey supremo de los cielos y de la tierra, Jesucristo, Hijo de Dios Eterno, enteramente igual á su Padre, que ha querido tomar nuestra carne y morir para redimirnos de la esclavitud del demonio. El que con sola su palabra hizo brotar

de la nada el admirable conjunto de la creación; el que mira rodar á sus pies esa innumerable multitud de astros; aquél á quien los ángeles no se atreven á mirar cara á cara. El poderoso monarca cuyo espléndido palacio son los cielos y alfombra de de sus plantas la Creación. El que hace servir para su gloria lo mismo al humilde insecto que se desliza ocultándose entre la yerba, que al árbol gigante que con su elevada copa parece desafiar el rayo. El que mira impasible convertidos en polvo los más grandes y poderosos imperios y hace surgir de entre sus ruinas nuevas generaciones. En una palabra, la grandeza, la omnipotencia, mueren, y quiere que su adorada Madre apure hasta las heces el cáliz de la amargura en su soledad. ¡Cuántos no desearían correr á la morada de los grandes de la tierra,

en sus últimos momentos, para demostrar de esta suerte su afecto á las atribuladas familias! Y sin embargo, ¡qué diferencia! La muerte concluyó para siempre con toda la grandeza de aquéllos, y sus parientes quizá pagarán con el olvido y la ingratitud nuestros afanes: en cambio, Jesucristo no puede morir como Dios; su reino, su poderío, su omnipotencia son eternos; si muere en cuanto hombre por salvarnos, resucitará al tercer día para nunca más morir, y no temamos olvide nuestro afán por acompañar á su querida Madre, consolándola en sus dolores, no; cada una de las lágrimas que ahora derramemos con ella, será convertida en una preciosa perla que adornará la corona que nos prepara por toda una eternidad.

Además, nada más justo que los hijos, rodeando el lecho de su padre

moribundo, procuren á la vez dulcificar la amargura de la desolada madre; pero ya lo hemos dicho, sólo debemos á nuestros padres la vida temporal, y aun esto, añadiremos, mediante la voluntad de Dios; y si no obstante la justicia y el amor de consuno nos exigen les prestemos aquellos tristes deberes, lo mismo que á nuestros parientes, amigos y bienhechores, con doble motivo debemos acudir hoy al pie de la Cruz, lecho durísimo de tormentos donde espira el Dios Hombre, para recoger su último suspiro y enjugar las lágrimas de su inmaculada Madre. No puede ser de otro modo: Él es doblemente nuestro padre, porque nos ha criado y nos ha redimido, y María es nuestra Madre, porque al aceptar al apóstol San Juan como hijo, conforme á los deseos de Jesús, ha adoptado también á toda la hu-

manidad, y porque al prestar su consentimiento á la gran obra de la Encarnación, aceptó gustosa cuantos dolores, angustias y tormentos ha sufrido su tierno corazón, durante los padecimientos de su divino Hijo, viniendo de esta suerte á ser corre-dentora del humano linaje. Y ¡cuántas gracias, cuántos favores, cuántos beneficios debemos á Jesús y á María! Á Él pertenece la vida que tenemos, los bienes de que gozamos: para nosotros crió Dios el mundo en que vivimos, para nuestra alegría formó esos cielos, cuyos colores indefinibles nos embelesan, esos astros cuya vista nos recrea, ora difundiendo con el sol el regocijo, ora la plácida quietud con la luna. Él es el dueño de las aguas que nos refrigeran, de los frutos que nos alimentan, de los animales que nos visten, y Él, siendo este, por decirlo así, el



beneficio de los beneficios, no dudo en recibir de nuevo en sus brazos al hombre prevaricador, en consideración á los merecimientos de la santa víctima, de su Hijo único, que se prestó á servir de cordero expiatorio por los pecados del mundo. Y cuando ya consumada la obra de la redención, los miserables hijos de Eva, olvidados de tantos beneficios, reincidan en las iniquidades y continúen caminando por las sendas de perdición, María cumple su misión de Madre cerca de un padre irritado; ella detiene su brazo pronto á descargar el rayo de la justicia sobre el mundo criminal; ella pide, ruega, suplica sin cesar por nosotros, y trocando en misericordia la indignación de Dios, convierte los castigos en abundantes gracias temporales y espirituales. Y aparte de estos beneficios generales, ¡cuántos particulares

no hemos recibido cada uno de nosotros por la mediación de María! Reflexionemos un momento dentro de nosotros mismos, hermanos míos, y la memoria los recordará sin esfuerzo, aunque sean innumerables. Ora una violenta tentación, que nos inclinaba al más horrendo pecado, fué vencida; ora si le cometemos por desgracia, fuimos movidos á contrición y á confesarnos bien; y si nuestro pecho recobró la calma, al sufrir una de las rudas pruebas que la vida ofrece, y si logramos feliz éxito en nuestras empresas, y si la muerte, en fin, próxima á arrebatarnos una persona querida, huyó de nuestro hogar, recobrando aquélla la salud; todo lo debemos á la intercesión de María... ¡Madre mía de las Angustias!... clamamos en todas nuestras aflicciones, invocándola en el título bajo el que la veneramos pa-

trona de esta ciudad (1) y en breve experimentamos los efectos de su ternura maternal.

¿Qué comparación cabe, pues, entre los beneficios recibidos de los mortales, por grandes que sean, y los que hemos recibido y recibimos de Jesús y de María? Ninguna. ¿Les negaremos, pues, los consuelos que al morir el uno y quedar sola su Madre nos exigen? ¡Oh! No; su poderío y grandeza de que necesitamos para todos los actos de nuestra vida y principalmente para lograr nuestro fin último, el amor filial y la gratitud, de consuno nos impelen á ir á prestarlos. Corramos, pues, al Monte Calvario, casa mortuoria del Dios humanado; allí está la Santísima Virgen su Madre, traspasado el

(1) Si este ejercicio se practicara fuera de Granada, puede variarse la invocación, sustituyéndola por el título de la Santísima Virgen, de más devoción en el punto donde se haga.

corazón de dolor: corramos... mas ¿cómo ir? Jesús espira y con su cabeza coronada de penetrantes espinas, expía los horribles pensamientos que muchas veces han deleitado nuestra mente; sus espaldas destrazadas por los azotes, demuestran lo abominable de nuestras faltas contra el pudor y la honestidad; sus pies y manos traspasados de gruesos clavos, redimen las culpas que hemos cometido con nuestros pasos y acciones; su boca adorable ha sido amargada con hiel y vinagre, justa recompensa de nuestras palabras murmuradoras, de nuestras bromas livianas; su divino rostro se halla cubierto de asquerosas salivas, para que nuestra faz quede limpia del lodo de los vicios donde con frecuencia la sepultamos, degradando nuestra dignidad de hijos de Dios; su corazón, en fin, es traspasado con una

lanza, para abrirnos con su caridad la puerta del cielo, cerrada á cuantos no practiquen aquella virtud. Toda su pasión, en una palabra, es obra nuestra. ¿Cómo comparecer en su presencia? Jesús volverá la cabeza, María cerrará los ojos por no vernos. Si algún culpable de la muerte de alguno se atreviera á comparecer en la casa mortuoria, sería castigado y arrojado de allí con ignominia... No; no podemos ir, huyamos del Calvario... ¿pero adonde iremos? Solo aquella muerte es el camino de la vida eterna; separarnos de Jesús y de su Madre, es renunciar á nuestro verdadero fin, es apartarnos de la verdad, es pretender nuestra perdición. La causa somos de la pasión de Jesús y de los dolores de María; pero él es Dios y, por consiguiente, misericordia, y ella es Madre de Dios, pues que en sus purísimas en-

trañas se verificó el gran misterio de la Encarnación; por tanto, es la tierna Abogada de los pecadores: el consuelo que exigen de nosotros es que detestemos nuestros pecados y prometamos vivir como verdaderos cristianos.

No vacilemos más, corramos á las plantas de María y digámosla con toda la efusión de nuestra alma:

Oración.

Virgen Santísima dolorida y angustiada, míranos á tus pies implorando tus soberanas piedades. Nosotros somos los que hemos crucificado tu Hijo divino: nosotros la causa de la amargura que en tu corazón rebosa; pero con todo, esperamos no nos arrojes de tu lado como merecemos. Bien habéis oído que tu moribundo Hijo te ha constituido Madre de todo el género humano en

la persona del apóstol predilecto: en esta confianza nos acercamos á tí. Las madres aman más aquellos hijos que son más ingratos, cubren sus faltas con el manto de su ternura y ruegan por ellos á sus padres, para que no les castiguen como merecen. Eso es lo que esperamos de tí ¡oh dulcísima María! Los cielos con sus negros crespones que encubren los astros, la tierra con sus horribles sacudimientos, demuestran la magnitud de nuestros crímenes. Á tí acudimos, como á nuestro refugio y esperanza. Ruega por nosotros, á fin de que la sangre preciosa que Jesucristo ha derramado, caiga toda sobre nuestras almas, como saludable rocío para que, limpias de esta suerte de todas sus manchas, puedan comparecer sin temor ante el Padre celestial, en el día terrible en que nos pida cuenta de nuestros ac-

tos. Nosotros, en cambio, protestamos, angustiadísima Madre nuestra, de que queremos vivir en lo sucesivo como verdaderos hijos tuyos; y para conseguir las gracias que para ello necesitamos, detestando las pasadas culpas y con propósito de no renovar más las llagas de Jesús y tus acerbos dolores, venimos á acompañarte esta noche en tu triste soledad. Dígnate aceptar nuestro obsequio y sea ello prenda de nuestra salvación eterna. Amén.

MEDITACIÓN I.

Jesús muere pendiente de la Cruz.

Trasladémonos en alas de nuestra imaginación al Calvario y procuremos reproducir en nuestra memoria la sangrienta escena que hoy tuvo lugar en él y que conmemora nuestra Santa Madre la Iglesia. So-

bre la cumbre de la montaña, lugar destinado para la ejecución de los criminales, levántanse tres cruces y míranse tres hombres pendientes de ellas. Soldados romanos custodían los reos y, mirando el suplicio con la indiferencia propia de guerreros acostumbrados á los sangrientos espectáculos del campo de batalla, juegan tranquilamente á los dados. Una multitud del pueblo invade la cima del monte, en el espacio que dejan libres los centinelas, ocupando la restante los senderos que á ella conducen. Y ¡cosa extraña! No se observa entre los judíos allí presentes el sentimiento de piedad que experimentan todos cuantos por necesidad ó curiosidad presenciaban una sentencia de muerte. Lejos de eso, los semblantes revelan satisfacción, parece que se gozan en la agonía del que ocupa la

Cruz del centro. Sí, de él se ocupa la pública atención, y en tales términos, que casi pasan desapercibidos los otros dos hombres que expían sus delitos en las otras dos cruces. ¿Quién es ese hombre que así atrae tan poderosamente las miradas de todos?

Los otros dos crucificados son ladrones; pertenecientes á una cuadrilla que por largo tiempo vagó por las cercanías de Jerusalem; sus robos fueron innumerables, sus atrocidades inauditas: cuando ahora pasan desapercibidos para los judíos, es sin duda porque el condenado del centro reúne mayores delitos, más cúmulo de maldades...

¡Ah! No. Ese hombre que hoy atrae sobre sí todas las miradas, para quien no hay una sola palabra de compasión, es Jesús de Nazareth, quien ha dado vista á los ciegos,

pies á los cojos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. El que con solo cinco panes de cebada y dos peces dió de comer á más de cinco mil personas; el que en una palabra su vida entera puede reasumirse diciendo: pasó haciendo bien. En prueba de ello, no hace muchos días que esa misma multitud que hoy con horrible sarcasmo le insulta en su patíbulo, sembró de flores y ramaje su camino, gritando: ¡Hosanna al Hijo de David! El mismo Pilatos le ha sentenciado hoy, protestando de su inocencia y queriendo alejar de sí la sangre del Justo que mandaba derramar. Y siendo así, ¿por qué consiente Dios semejante iniquidad? ¡Ah, hermanos míos! Jesucristo, como hijo único de Dios, es impecable, la suma santidad, la suma inocencia, la suma pureza; pero ha tomado sobre sí los crímenes de

la humanidad toda; el pecado de Adán, las prevaricaciones de su raza degenerada, nuestras iniquidades, las culpas de las generaciones futuras; y como víctima propiciatoria de agradable olor, su sacrificio sube hasta su Eterno Padre desde el altar de la Cruz, y el cielo se reconcilia con la tierra. Dios abre á sus criaturas los brazos de su clemencia. ¡Oh pecado, cuán grande es tu magnitud, que exiges para expiarte la muerte de un Hombre-Dios! Y sin embargo, nosotros te cometemos todos los días, á todas horas, por vía de entretenimiento y diversión...

Empero sigamos fijando nuestras miradas en el Calvario; no perdamos un detalle de la muerte de ese justo, que muere por la salvación de todos. El sol seniega á seguir alumbrando tan terrible espectáculo; negras y apiñadas nubes le han en-

vuelto como en fúnebre sudario, y ahogando sus brillantes rayos, niegan á la vista el bello tinte de los cielos y sustituyen las tinieblas de la noche á la claridad del día. No corre un soplo de aire; la atmósfera que se respira es pesada, cual precursora de tempestades. De vez en cuando se escuchan roncotruenos, que retumbando en las concavidades de la tierra, cual si á toda ella agitara violenta convulsión, dominan con su ruido el rumor de las voces de la muchedumbre. Muy contadas personas son las que rodean la Cruz del Salvador; entre ellas está su Madre amada, la predilecta del Eterno, la Virgen de las vírgenes, la Inmaculada María. Su rostro, que daba envidia al jazmín y á la rosa, está desfigurado á violencia del dolor que experimenta su corazón. Sus ojos, más brillantes que el lucero de

la mañana, han perdido su lucidez á fuerza de las lágrimas que han derramado. Allí, envuelta en negras vestiduras, permanece al pie de la Cruz donde agoniza el Hijo de sus entrañas, apurando hasta las heces el cáliz de la amargura. ¿Cómo pintar los dolores de esta Madre, viendo morir á su divino Hijo? El Apóstol San Juan, testigo narrador de la pasión de su Maestro, no encuentra en su inspirada pluma frases para describirlos y se contenta con decir que *junto á la Cruz de Jesús, estaba su Madre...* (1) Hable, pues, solo el sentimiento, donde la lengua no puede encontrar palabras, y procuremos con nuestro corazón comprender siquiera algo de las angustias de María al pie de la Cruz.

Cuando una madre pierde á un

(1) Evangelio de San Juan. Cap. XIX, v. 25.

hijo de sus entrañas, es un consuelo en parte para su atribulado corazón la idea de que ha muerto sin faltarle nada. El moribundo, por escasa de recursos que sea una familia, descansa en un blando lecho; sus parientes, sus amigos le rodean en la hora suprema; la Religión endulza los últimos instantes; la ciencia, impotente para arrancar la víctima de las garras de la muerte, puede sin embargo disminuir sus sufrimientos, atenuar sus dolores: nunca faltan almas compasivas que cuando ya el moribundo, rendido por lenta agonía, muestra en su respiración entrecortada la sequedad de sus fauces, le incorporen amorosamente é introduzcan en sus entreabiertos labios algunas gotas de bebida refrigerante, ó de cordial que le aliente algunos momentos más. Palabras de consuelo dirigen todos al ser que

experimenta la pérdida; el bien que ha hecho durante su vida el que se halla próximo á sucumbir, se refiere con entusiasmo, lamentando la desgracia de su muerte, y todos y cada uno de estos detalles, son otros tantos lenitivos del dolor que se experimenta. Pues bien; ninguno de estos consuelos tiene María. ¡Ay! Bien puede decir que su amado Hijo ha carecido de todo, y por tanto, que no hay dolor que iguale á su dolor. Una durísima Cruz de madera es el lecho donde muere el autor de la vida: sujetos á ella con gruesos clavos sus pies y sus manos, el cuerpo desplomado pesa todo hacia abajo, haciendo que el clavo de los pies dilate con vivísimo dolor la herida que los traspasa, mientras los brazos, dislocados con indescriptible tormento, encuentran la resistencia de los clavos de las manos, que hacen

por consiguiente en ellas lo mismo que el taladro de los pies. Y esto cuando el sacrosanto cuerpo más necesitaba descanso, pues las espaldas están abiertas al rigor de los azotes, hinchadas y sangrientas las rodillas por los golpes que han dado al caer con la Cruz, descoyuntados los hombros con el peso de ésta, que ha llevado sobre ellos hasta el lugar del suplicio, inflamado el cuello al rigor de la soga con que fué atado. En vano el dulce Jesús pretende apoyar su espalda contra el duro leño, para encontrar de esta suerte algún descanso; la madera, con su aspereza al rozar la carne viva, le causa un dolor más; su cabeza, agobiada por tanto sufrimiento, siente cada vez más la violencia de las espinas que tiene clavadas en ella; en vano también quiere, como triste consuelo, ver por última vez á

las personas que le han permanecido fieles siguiéndole hasta allí, su santa Madre, el amado Apóstol, las otras Marías; mas tampoco puede; la sangre que corre de las heridas de la cabeza se extiende coagulada sobre sus ojos, ocultando á su vista estos seres queridos, cual si un velo fúnebre los ocultara. No hay para él consuelos de ningún género: su Eterno Padre le desampara, tratándole como merecían los pecadores, cuyas culpas ha tomado voluntariamente sobre sí; y cuando la pérdida de la sangre, la fatiga precursora de la muerte y tanto tormento secan sus fauces, no hay un alma generosa que introduzca en sus labios unas gotas siquiera de agua; sólo un sayón inhumano le apróxima una esponja impregnada de vinagre y hiel. Bien puede, pues, decir María que su hijo ha muerto careciendo de todo.

Sus purísimos oídos no escuchan tampoco las alabanzas del más digno de ser alabado; sólo oye por doquiera blasfemias, imprecaciones y sarcasmos... Quien haya perdido un hijo ú otra persona querida, compare circunstancias con circunstancias y podrá formarse una idea; siquiera muy ligera, de los dolores de la Madre de Jesús. Entre tanto, el tiempo pasa, la hora se aproxima: el pecho del Redentor se dilata á consecuencia de tan dolorosa agonía, y dando *una gran voz* (1) para probar su divinidad, entregó su espíritu al Eterno Padre. Ya murió Jesús, ya está sola María. No hay almas compasivas que consolándola procuren separarla de aquel horrible lecho mortuorio. San Juan y las piadosas mujeres están á su vez mudos é inmóviles de dolor

(1) San Mateo, Cap. XXVII, v. 50.

y espanto y no pueden alentarla en tan duro trance. No, allí está troncada la azucena fragante de virginal pureza, marchito el lirio de la más perfecta resignación, deshojada la rosa de la más sublime caridad. Ella no se apercibe de la espantosa convulsión que trastorna la naturaleza, no oye el retumbar de los elementos que se estremecen al considerar muerto á su autor, ni las voces del pueblo arrepentido que proclama la divinidad del crucificado difunto, no ve los peñascos que chocan unos con otros al desprenderse de las montañas, ni los cuerpos resucitados que devuelve de sus tumbas la muerte vencida, como primicias de la vida eterna que nos ha conquistado el Salvador. Toda su atención, toda su vista, su vida entera está concentrada en el cadáver del que era la lumbre de sus ojos,

la alegría de su corazón, su Dios y su Hijo...

Procuremos darla algún consuelo; nos es muy fácil. Basta para ello aprendamos y grabemos para siempre en nuestros pechos la sublime lección de humildad que nos da el Redentor al morir en la Cruz. Él, soberano Señor de todas las cosas, que todo lo hizo de la nada, á quien todo obedece y á quien los ángeles sirven de rodillas, ha querido ser tratado como el más vil de los hombres y morir con unos sufrimientos, una ignominia y un desamparo tales, cual ninguno ha muerto ni morirá. Y lo ha querido así para enseñarnos aquella santa virtud, que es el fundamento de todas las demás. No se albergue ya, pues, por más tiempo la soberbia en nuestros corazones, á vista de tan maravilloso ejemplo. Si la Providencia nos ha

dada un nombre ilustre, si con mano pródiga ha derramado sobre nosotros las riquezas, los honores, los bienes de toda clase, si todo sonríe en derredor nuestro y la humana flaqueza hace pretendamos considerarnos superiores á todos los que carecen de lo que poseemos, fijemos nuestras miradas en la Cruz. En ella veremos desnudo, pendiente de tres clavos el cadáver del Dios-Hombre, es decir, la suma sabiduría, la riqueza infinita, el Rey de los Reyes; y siendo así nos preguntaremos: ¿Cómo nos envanecemos de nuestra ciencia, de nuestra riqueza, de nuestros honores? ¿Tenemos acaso verdadera propiedad sobre ellas? ¡Ah! no. Una enfermedad, ó la debilidad consiguiente á la vejez, hacen olvidemos lo poco que sabíamos; una desgracia, un accidente cualquiera pueden reducirnos á la mayor po-



breza; la calumnia ó una mala acción que ejecutemos á causa de nuestra miseria, es fácil disipen cual el humo el honor y la estimación que disfrutábamos. Si pues nada es nuestro, ¿cómo nos atrevemos á despreciar, á mirar con altanería al ignorante, al pobre, al inferior? ¿Cómo, cuando el Autor de todo nos da el ejemplo, muriendo como el último de los hombres en una Cruz? Pene-
trados de profunda humildad y detestando nuestra soberbia pasada, comprendamos que cuanto tenemos es un don gratuito del Señor, para emplearlo en su honra, provecho nuestro y del prójimo. Y cuando seamos verdaderamente humildes, entonces podremos acompañar á María en su soledad, enjugando las lágrimas que ahora vierte al ver el cadáver de su Hijo, pendiente de tres clavos en la Cruz.

(Medítese algún tiempo sobre lo
leído y al concluir se dirá:)

Madre dolorosísima.

Rogad por nosotros.

Poesía (1).

Querubes celestiales, que en el excelso coro
Cantáis del Dios eterno la gloria y el loor,
Dejad abandonadas las cítaras de oro,
No turben sus acentos el maternal dolor.

Bajad en raudo vuelo de la celeste altura;
Pendiente de un madero, muriera ya Jesús,
Y sola, el pecho amante henchido de amargura,
María permanece de pie junto á la Cruz.

Ella sola... María... la flor de la pureza,
Escogida entre todas las que en el mundo están,
De dolor abatida inclina la cabeza,
Cual palma solitaria que dobla el huracán.

Sus ojos, soles bellos, la luz está apagada,
Que hoy solo verter llanto su patrimonio es;
Su rostro de jazmines y rosa nacarada,
Ostenta de la muerte la horrible palidez.

(1) Si la meditación hubiera dado materia para bastante tiempo, puede suprimirse la poesía, á juicio del Director; y lo mismo con las demás.

La muerte, bien quisiera Madre tan cariñosa
Seguir á su Hijo amado, morir junto á la cruz;
Mas no, morir no quiere, que tierna y generosa,
Ha de cumplir fielmente lo que encargó Jesús.

Por eso desde el Gólgota invita á los mortales
Á correr á su lado, las culpas á dejar;
Abre á los pecadores sus brazos maternos,
Y les dice: «hijos míos, venidme á consolar.

«Que abandonéis el vicio, que la virtud sigáis,
»Ese consuelo sólo quiere mi corazón;
»Que mi pesar aumenta, al ver cual malográis,
»La sangre de mi Hijo, su santa Redención.»

.
.

Querubes celestiales, venid junto á María,
Porque ella es vuestra reina y sufre sin igual;
Cesad en vuestros cantos de plácida armonía,
No turben vuestras arpas el dolor maternal.

El llanto que afligidos vertemos á raudales,
De contrición sincera, mirando su dolor,
Llevadlo, querubines, sus manos virginales,
Aceptándolo quieran ofrecerlo al Señor.

Honremos á María en su soledad,
rezando el Padre Nuestro y siete
Ave-Marías. Cuando se haya terminado,
se dirá:

Madre dolorosísima:
Rogad por nosotros.

Oración.

Angustiadísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra: penetrados de la más profunda aflicción al considerar el dolor que experimentó tu alma purísima al ver muerto en la Cruz á tu divino Hijo, venimos á tus pies resueltos á no abandonarte jamás. Dígnate, Señora, adoptarnos en lugar de Jesús, cumpliendo así el último encargo que te ha dado antes de espirar. Y para que podamos corresponder á tan excelente favor y cumplir como buenos hijos, alcánzanos del Señor la gracia de obtener la virtud de la humildad, para que alejando de nuestro corazón toda idea de superioridad á nuestros semejantes, nos amemos siempre como verdaderos herma-

nos, hijos de tan cariñosa Madre, y aprovechando los méritos de la pasión y muerte de Jesucristo, al concluir nuestra peregrinación sobre la tierra, merezcamos ciñas nuestras sienes con la corona de los elegidos, de la cual gocemos por los siglos de los siglos. Amén.

Al llegar aquí puede descansarse un breve espacio de tiempo, según la extensión que se haya dado á la Meditación, y á juicio del Director. Durante el descanso, cada cual procurará mantenerse en los sentimientos de piedad que le haya inspirado el ejercicio. Después se prosigue.

MEDITACIÓN II.

Jesús depositado en los brazos de su Madre.

Ya está consumado el sacrificio. Se ha verificado la reconciliación de Dios con la humanidad, pues la víc-

tima tres veces santa es un sangriento cadáver pendiente de la cruz, digno túmulo de un Redentor. Ha muerto Jesús, pero no han terminado los dolores de María. Para poder formarnos una idea de los nuevos sufrimientos que ahora tiene que padecer la augusta Madre del Dios-Hombre, comparemos, hermanos míos, como lo hicimos anteriormente, la situación de la afligida Señora, con la de cualquier persona del mundo que se halle en situación análoga á la suya, y el corazón más endurecido no podrá menos de hacerse pedazos de dolor, al comprender, mediante esta comparación, que nada puede igualar las angustias de María, después de la muerte de su amado Hijo, que inmensa como el mar es su amargura.

En efecto, basta que la muerte penetre en una morada, para que ya

los fríos restos de su víctima sean objeto de una especie de veneración para todos sus parientes y amigos. Los hechos de su vida pasada parece como que se purifican al contacto de la fría guadaña, y aunque desgraciadamente se registren muchas malas acciones en la vida del ser que fué, todas parecen olvidarse y sólo quedan palabras de elogio á las virtudes y bellas prendas que adornaron al difunto. Figurémonos por un momento cuál sería el sufrimiento de una madre, que habiendo tenido la desgracia de perder su hijo, cuando inmóvil de dolor contemplara por última vez al pie del lecho mortuario el pálido semblante del que había llevado en sus entrañas; cuando los presentes, prodigándola palabras de consuelo, se esforzaran en arrancarla de allí, viera llegar un hombre sin corazón, que mirando



con desprecio y furor al difunto, le diera un golpe sobre el pecho. ¡Inmenso sería el dolor de esta madre! Grande el horror que se apoderaría de los circunstantes, los cuales, á una voz, vituperarían tan inicua acción: y sin embargo, este hecho, suponiendo pudiera realizarse, no tendría comparación ni remota con lo que vió y sufrió la Santísima Virgen. Ella sigue en el Calvario, al pie del lecho mortuario donde ha espirado su divino Hijo; pero este lecho mortuario es una cruz: no hay á su lado almas caritativas que la fuercen cariñosamente á que deje aquel lugar de dolores, ofreciéndola cumplirán los últimos deberes con el cadáver. María está sola; las santas mujeres y el Apóstol amado se miran postrados en tierra, presa del más profundo pesar, y no pueden ofrecerla consuelo alguno; y en aquellos momen-

tos, cuando ya parecía agotada la rabia y el furor de los judíos, un brutal soldado se aproxima al sacrosanto cadáver y con un golpe de lanza, dirigido al costado de la víctima, pone de manifiesto aquel corazón divino que tanto había amado á los hombres, que diera su vida por ellos. Si un sencillo golpe, como antes hemos dicho, dado á un muerto cualquiera, centuplicaría el dolor de la madre que lo presenciara, y horrorizaría, y con razón, á los demás, por más que se tratara del cuerpo de un hombre pecador, ¡cuánto no haría sufrir á la ternísima María la fiera lanzada que hiere el pecho de Jesús! De Jesús, del Dios hecho hombre por redimir al mundo, del que en su vida entera no hay una acción que no merezca sino alabanzas. «¡Oh, corazón adorable de mi querido Hijo!, —exclamaría la afligida Señora:—

yo adoro profundamente la divinidad que permanece unida á tí, á pesar de la muerte. No, no ha sido la lanza del soldado la que te ha puesto de manifiesto; ha sido la violencia del amor que concentrabas en tí para con los hombres, la que ha roto tu pecho para mostrarte á todos y que viéndote te amen. Padre Eterno,—continuaría la triste Madre, dirigiendo sus ojos llenos de lágrimas al cielo:—he aquí ya abierto el costado de tu Hijo y mío, y con él abiertas las puertas de la gloria á todos los mortales. Yo, tu humilde esclava, quiero cumplir fielmente su última voluntad; yo soy la Madre de todos los hombres: Señor, haz surgir de ese costado santísimo ríos de gracias, para que todos consigan su salvación. Hijos míos,—nos dice, en fin, dirigiéndose á nosotros:—Abierta está ya la puerta que conduce á la

eterna felicidad. Entrad, ¿qué os detiene? ¿Os amedrenta el cúmulo de vuestros pecados autores de esta muerte, de esta lanzada? No temáis, está con vosotros vuestra Madre. Si grandes son vuestras culpas, mayores es el mérito de la víctima inmolada. Hijos míos, venid, no os detengáis, atended á mis dolores, mirad la soledad en que me hallo. De vosotros espero el consuelo. Una lágrima de arrepentimiento... Una promesa de no ofender jamás al Señor...»

Entre tanto, el tiempo pasa, el sol declina con rapidez á su ocaso, la afligida Señora necesita dar sepultura al cuerpo de su amado Hijo y carece hasta de medios para conseguirlo.

En el mundo, el rico, mediante sus bienes, el pobre con los dones de la caridad, tienen con que costearse los últimos honores; sólo Jesús, el due-

ño de todo lo criado, quiere aún después de su muerte ser pobre entre los pobres; por eso María, su Madre, desea bajar el santo cuerpo de la cruz y carece de escalera; quiere amortajarle decorosamente y no tiene paño mortuorio; quiere lavar el sangriento cadáver y le faltan bálsamos aromáticos; quiere, en fin, darle sepultura y no hay un túmulo donde le pueda enterrar. Los cielos con sus esplendentes celajes iluminados con la brillante luz de los astros, ofrecieron mansión donde el Señor reposara después de la magnífica obra de la Creación; ahora, tras la más elevada, incomprensible é infinita de la redención, ¿no tendrá el Redentor un sepulcro para su divino cuerpo? ¡Oh! La Providencia, en quien siempre confió María, no puede dejarla sin consuelo. Á los débiles resplandores del crepúsculo vesper-

tino, míranse salir dos hombres de la ciudad de Jerusalem y subir rápidamente las veredas que conducen á la cima del monte de las Calaveras. Son José de Arhimatea y Nicodemus, que han obtenido de Pilatos el permiso de enterrar el cuerpo de Jesucristo, y provistos de lo necesario, se encaminan á cumplir tan triste deber. Humildemente piden permiso á la Virgen Santísima para llevarlo, y ella sólo puede mostrar su agradecimiento con suspiros. Jamás ninguna Madre tiene valor para presenciar los últimos honores que se tributan al hijo de sus entrañas, y si alguna lo hace, es sostenida por la excitación misma del dolor, que en breve la hace caer postrada y sin fuerzas, que acaban por aniquilarse ante aquel exceso de energía. Sólo María no se separará de aquel lugar, y aunque su dolor excede al de to-

das las madres, la gracia divina la sostendrá para que cumpla hasta el fin su misión.

En la antigua ley, para dar gracias á Dios por sus beneficios y mantener la memoria de la promesa hecha á la humanidad de un futuro libertador, los patriarcas, en representación de toda aquélla, erigían altares, donde se colocaban las víctimas inmoladas que se ofrecían al Señor consumidas por el fuego.

La víctima real y no figurada, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, ha reemplazado los antiguos sacrificios; el holocausto sólo digno de Dios, que es Dios mismo, su Verbo humanado, ha muerto en la cruz por los hombres; pero se hacía preciso que esta santa víctima fuera ofrecida al Eterno Padre en expiación de los pecados de la humanidad. Mas ¿cual será el al-

tar digno de recibirlo? Sólo hay uno: el regazo de María. Ella fué escogida entre todas las mujeres, objeto de las complacencias del Altísimo y preservada de toda mancha desde el primer instante de su Concepción; forma entre toda la raza de Adam una excepción: aquella impura; ella pura. Y así como Jesús, cordero sin mancilla, quiso tomar sobre sí las culpas de los hombres para redimirlos, así también María, paloma inmaculada por privilegio especial, era preciso ofreciera al Eterno Padre, en nombre de la humanidad culpable, la víctima que acababa de inmolarse. Por eso, contemplad á María; apenas los justos varones, ayudados de San Juan y las piadosas mujeres, bajan de la cruz el venerable cadáver, extiende sus brazos y ruega sea depositado en ellos, donde le recibe, le estrecha contra su seno re-

verentemente y baña con sus lágrimas su desfigurado semblante. Esforcémonos en entrar con piadosa meditación en los sentimientos que embargarían el alma de la atribulada Señora, al tener á su Hijo muerto en su regazo.

«Ven á mis brazos,—diríala Santísima Virgen;—ven á mis brazos, cadáver sacrosanto; muchas otras veces te he tenido en ellos; pero ¡qué diferencia! En Belén, cuando te sostenía en mi regazo, miraba la celestial sonrisa con que recibías los presentes de los monarcas orientales; ahora tu rostro pálido sólo ofrece á mi vista los horrores de la muerte. Una mirada de tus divinos ojos bastaba á consolarme de las fatigas que sufrí al huir á Egipto para preservarte del furor de Herodes; ahora que sufro mayor quebranto, miro extinguida la esplendente luz de tus pupilas.

¡Ah! yo te sostengo muerto, Hijo de mis entrañas, y además miro desnudo tu ensangrentado cadáver. Desnudo tú, que vistes los cielos de arrebol al despuntar la aurora, de esplendente azul al medio día y de un manto negro salpicado de lucientes estrellas por la noche. Desnudo tú, que das á los prados vestidos de yerba y de bellos matices á las flores. Desnudo tú, por quien las aves ostentan espléndido plumaje y pieles de mil colores los animales... ¡Oh pecado horrible y cuánta es tu malicia, pues tanto cuestas al Señor de todo lo criado!» Después que la Santísima Virgen desahogara su sentimiento en estos ó parecidos afectos, iría ofreciendo al Eterno Padre todos y cada uno de los miembros de Jesucristo, destrozados á consecuencia de su pasión. Sí, hermanos míos; María, la madre purí-

sima de Jesús, teniendo en sus brazos, cual inmaculado altar, la víctima sacrificada, ofrece á Dios la cabeza traspasada de las espinas, en expiación de los horribles pensamientos que albergamos con frecuencia en nuestra mente; aquel rostro cubierto de sangre coagulada y desfigurado por la muerte, para expiar ante la justicia eterna las heridas que abrimos en la reputación del prógimo, con nuestras calumnias, burlas y murmuraciones; los pies y las manos taladrados de gruesos clavos, en descargo de los movimientos desordenados á que nos llevan nuestros apetitos; y en fin, la afrentosa desnudez del cadáver, para que el Señor perdone el pecado que más degrada la humana naturaleza y que, á pesar de rebajarnos al nivel de los brutos, con frecuencia desgraciadamente se comete. «¡Hasta

cuándo, mortales,—volvería á exclamar la Santísima Virgen, hasta cuándo no consideraréis el inmenso mal que os causáis dejándoos arrastrar de la concupiscencia de la carne. Por ese pecado, el fuego del cielo arrasó ciudades enteras en tiempo de los patriarcas; por ese pecado, el cadáver de mi Hijo se muestra en mis brazos desnudo y ensangrentado. Si el sentimiento de vuestra propia dignidad que se degrada, si la vergüenza de apagar en vuestros semblantes la luz que el Criador ha encendido en ellos, si el temor, en fin, de ser por una eternidad, no compañeros, sino alfombra de los pies de los demonios, no son bastantes motivos para que rechazéis toda impureza, mirad este cadáver desnudo, contemplad la sangre que le cubre, sus miembros dislocados, las innumerables heridas que tiene.

¿No queréis acompañarme y prestar vuestra ayuda para amortajarle? Pues bien; la pureza es el solo vestido digno de ofrecer al que es la fuente de toda pureza. Formad resolución de manteneros puros, de alejar cuantas ocasiones se os presenten de mancharos, de tener cerradas las puertas de los sentidos á toda sugestión de la concupiscencia; yo os conseguiré gracias para resistirlas y seréis dignos de que os admita en mi compañía.»

Hermanos míos, seamos dóciles á la voz de nuestra madre. Desgraciados de nosotros si no lo hacemos. No hay más que dos caminos: ó puros acompañando á María, ó impuros acompañando á Satanás.

(Medítese como anteriormente).

Madre dolorosísima:

Rogad por nosotros.

Poesía.

~~~~~

Miradla: su frente pura  
Se inclina cual flor marchita;  
No hay pena como su cuita;  
Faltó á sus ojos la luz:  
En sus brazos la Señora  
Sostiene el cadáver yerto  
De Jesús; ¿cómo no ha muerto  
María al pie de la Cruz?

Hija del Padre querida,  
Es sumisa y obediente,  
Y desea constantemente  
Su voluntad acatar:  
Mas gracia que la conforta,  
Dios en ella complacido  
La da: sólo así ha podido  
Padeecer sin espirar.

Murió el Redentor; su cuerpo  
Depositarlo conviene  
Y otro túmulo no tiene  
Que el regazo virginal  
De su Madre; el sacrificio  
La Hostia pura ha consumado  
Y exige altar no manchado  
Víctima que es celestial.

Ya no tiene la Señora  
Los consuelos celestiales  
Que inundaron á raudales  
En Belén su corazón,  
Cuando á Jesús, tierno niño,  
Le estrechaba entre sus brazos,  
Dándole dulces abrazos  
Con la más grata efusión.

Entonces con gozo santo  
Miraba su purà frente,  
Que se orlaba refulgente  
Con célico resplandor;  
Y los Reyes y Pastores  
À sus plantas se postraban,  
Y los ángeles cantaban  
Alabanzas al Señor.

Hoy, como entonces, la Madre  
En brazos al Hijo tiene,  
Pero un cadáver sostiene,  
Ya murió su dulce bien:  
No circundan su cabeza  
Rayos de luces divinas,  
Sino corona de espinas  
Traspasa la pura sien.

Los reyes y los pastores  
No le rinden homenajes;  
Un pueblo vil, sus ultrajes

Lanza á Jesús sin cesar:  
Ni de los Ángeles suena  
La célica melodía...  
¡Quién la pena de María  
Podrá ver y no llorar.

Señora, roto en pedazos  
El corazón en el pecho,  
Quiere salirse deshecho  
Viéndote en tal aflicción:  
Ante tus plantas postrados  
Vednos, y aunque pecadores,  
Rogamos por tus dolores,  
Nos mires con compasión.

Acompañemos á María en su soledad, rezando un Padre Nuestro y siete Ave-Marías.

Madre dolorosísima:  
Rogad por nosotros.

### **Oración.**

¡Oh angustiadísima María, Madre de Dios y Madre nuestra: considérandonos con tu Santísimo Hijo muerto en los brazos, falta valor para

fixar la vista en tan triste cuadro. La vergüenza colorea nuestro semblante y el agudo remordimiento despedaza nuestra conciencia. Nosotros hemos crucificado tu amantísimo Hijo; nuestras impurezas han puesto su cadáver desnudo en tus virginales brazos; quisiéramos ocultar en lo más profundo de la tierra nuestra vergüenza y confusión. Pero ¿á dónde iremos, si de tí nos apartamos?; ¡oh! entonces nuestra perdición es segura. No, Virgen Santísima, tú eres nuestra Madre; en tus brazos, como en sagrado altar, se halla la Hostia pura, que puede únicamente aplacar al Eterno Padre. No nos desampares, cúbrenos con tu manto, y alcánzanos por ese mismo dolor que experimenta en ese trance tu bendita alma, contrición profunda de nuestros pecados y un gran amor á la pureza, con cuya vir-

tud, viviendo como ángeles en la tierra, merezcamos hacerte compañía en el cielo, por toda una eternidad. Amén.

(Descanso como en la meditación primera).

### MEDITACIÓN III.

Entierro de Nuestro Señor Jesucristo.

---

No han terminado aún todos los dolores de la Santísima Virgen; resérvala el Eterno Padre mayores pruebas, y su corazón purísimo, que ya rebosa grandísima amargura, debe prepararse para sufrir más. ¿Pero caben todavía mayores aflicciones? Ella ha visto á su Hijo Santísimo, al Dios y hombre verdadero, hecho el escarnio de las gentes y el desprecio del pueblo; ha contemplado aquel cuerpo santo despedazado con crueles azotes; aquella divina cabeza, ad-

miración de los ángeles, taladrada con gruesas espinas; aquellas manos y pies sacratísimos fijos en la cruz con penetrantes clavos de hierro; amargada con hiel y vinagre aquella boca santísima, que sólo se abrió para pronunciar palabras de perdón; ha escuchado las blasfemias y ultrajes con que los enemigos de Jesús le han insultado en su agonía; le ha visto, en fin, morir en la cruz, y más tarde ha estrechado contra su pecho virginal el sagrado cadáver. ¿Qué más le resta que sufrir? ¡Ah! hermanos míos, si el sentimiento, si la misericordia se alberga en vuestros pechos, venid de nuevo al Calvario para consolar la triste Madre, á la que van á separar del cuerpo inanimado de su Hijo, para darle sepultura. Las madres que han tenido la desgracia de perder al hijo de sus entrañas, podrán formarse

una idea, aunque imperfecta, del dolor que en este momento vino de nuevo á aumentar las angustias de María Santísima. Sólo una idea imperfecta, sí, porque ellas, en tan duro trance, se ven rodeadas de parientes y amigos que las alientan y consuelan; saben que mientras los unos las acompañan, otros cuidan de que el entierro se verifique con el respeto y consideración debidos al cadáver y á la posición de su familia, y aunque sientan partírseles el corazón al pensar se separan para siempre del Hijo querido, templa su dolor el pensamiento de que no le falta honor ninguno hasta dejarle en su última morada. Y sin embargo, ¿qué comparación cabe entre el cadáver de un miserable mortal y el del Hombre-Dios? Ninguna. ¿Puede acaso nunca ponerse en parangón el Criador y la criatura? Cierta-

mente que no, y no obstante, el cuerpo de Jesús casi no tiene honores; su Madre purísima carece de todo consuelo. Levantemos los ojos de la consideración otra vez al monte de las Calaveras, y al tenue resplandor del crepúsculo vespertino, que apenas deja entrever los objetos, contemplemos la fúnebre comitiva que baja á paso lento las escarpadas sendas de la montaña. La forman sólo siete personas. Dos hombres llevan envuelto en un blanco sudario un cadáver: síguelos de cerca una mujer, cuyo semblante revela un dolor tan profundo, que no hay palabra para describirlo; otras tres mujeres van á su lado juntamente con un joven, los cuales en vano intentan consolar á la primera, porque al pretender pronunciar una palabra, los sollozos anudan también sus gargantas y las lágrimas corren de sus

ojos, tanto más abundantes cuanto más reprimidas. ¿De quién es ese entierro tan pobre, que no hay siquiera una antorcha que ilumine el camino que recorre la comitiva? De seguro, nada absolutamente poseería el que ya es cadáver. Sin embargo, lo poseyó todo; digo mal, lo posee todo; suyo es el sol, suya la luna, suyos los astros, suyo el cielo, suya es la tierra y cuanto contiene, suyos los hombres, los imperios y cuanto existe, porque ese cadáver es el de Jesús, Verbo de Dios, por quien todo ha sido hecho, que ha venido á la tierra á pagar con carne humana las culpas de la humanidad. ¡Jesús es ese! Imposible. ¿Cómo Jesús tan solo después de muerto? ¿Dónde están las cinco mil personas á quienes alimentó milagrosamente? ¿Cómo no se disputan el honor de conducir con pompa su cadáver y

acompañar á su madre; tantos paralíticos á quienes dió movimiento, tantos ciegos á quienes dió vista, tantos enfermos como sanó, tantos muertos como resucitó? ¡Ay! El hombre olvida pronto los beneficios; Jesucristo ha muerto crucificado por los principales de su nación, y el respeto humano, el temor de qué dirán, contiene en sus moradas á los favorecidos. Ya pasó el beneficio, ¡qué les importa el bienhechor!; ¡qué les interesa que su madre carezca de todo consuelo!; ahora lo que importa es que los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos no se aperciban siquiera de que hubo relaciones entre ellos y el Crucificado; podían causarles algún mal, vale más mostrarse indiferentes. Por eso, de tanto y tanto millar de hombres favorecidos por Jesús, sólo dos han tenido valor de aproximarse á su ca-

dáver para darle sepultura; de doce apóstoles que presenciaron los milagros que testificaban su omnipotencia, sólo uno acompaña el cadáver del Maestro; de aquella multitud de mujeres que á porfía le presentaban sus hijos para que les bendijera, solo tres se han atrevido á acompañar á María en su soledad. Y allí, en el huerto solitario de las faldas del Calvario; sin más antorcha funeraria que la pálida luz de la luna; sin otro canto fúnebre que el dolor inmenso de la más santa y más pura de todas las madres; sin otras palabras de consuelo que los no interrumpidos suspiros de aquel corto número de personas, el cuerpo de Jesús es depositado en un sepulcro y una gran piedra colocada en su boca roba su cuerpo á las tristes miradas de su Madre. ¡Gran Dios! ¡Qué sola ha quedado María sin su amado

Jesús! Supongamos por un instante el Sol despojado de sus luces, arrebatadas al mar sus aguas, arrancados de sus asientos los montes y dando por un momento sensibilidad á estas criaturas insensibles; consideremos cuán grande sería su dolor al verse privados de lo que constituye su centro, la esencia de su ser; pues bien, ni aun así podemos formarnos una idea del dolor de María al verse separada de lo que constituía para ella la vida, la alegría, el imán de toda su alma. Sería necesario para poder apreciar en algún tanto el dolor de la divina Señora, que la inteligencia humana pudiera también apreciar el amor de Jesús para María y el de María para con Jesús. Callen, pues, las palabras; hablen sólo los sentimientos del corazón.....

Al considerar la pena grandísima

de la Santísima Virgen al verse separada del cadáver de su amado Jesús; al representárnosla sola, que al mirar con angustia la losa que la priva de su vista, cae en tierra desplomada á violencia del dolor vivísimo que su corazón experimenta en aquellos terribles momentos, ¿no es verdad, hermanos míos, que también nuestro pecho se oprime y que las lágrimas acuden á nuestros ojos? No es cierto que sentimos un vivo deseo de correr al lado de esta Madre desolada, para acompañarla y consolarla? ¡Ah! Sí. Mas plegue á Dios que este deseo no sea enteramente efímero, porque desgraciadamente muchas veces hemos imitado la conducta de los favorecidos por Jesús, y que, sin embargo, dejaron á su Madre en los momentos en que más necesitaba de su auxilio; desgraciadamente, vuelvo á decir, muchos

de entre nosotros dejan hoy á María abandonada en su soledad. En efecto, cuántas veces al pretender cumplir los deberes de cristianos, hemos sido detenidos por un temor pueril, por un frívolo respeto humano. Hoy es día festivo, por ejemplo, y debo asistir á la santa Misa; pero no, pueden verme aquellos amigos y creerán que soy un beato. Si asisto á ella y la oigo con devoción y modestia, me llamarán hipócrita; conviene que me vean en el Templo con aire distraído, con modales desembarazados. No debo confesarme; me consta que la persona que me protege no aprueba la confesión, y si lo sabe, puedo perder mi fortuna. La costumbre ha hecho se compre y se venda los días festivos; si no sigo la corriente de la época, me llamarán mojigato. ¿Qué se dirá de mí en las tertulias que frecuento, en los círcu-

los adonde concurre, si me abstengo ó me opongo á la murmuración, si se aperciben de que rezo el Santo Rosario, de que visito el Santísimo, de que saludo al pasar por la puerta de un templo? Se reirán de mí, me pondré en ridículo. ¡Ay! hermanos míos, ¡cuántas faltas de esta naturaleza no se cometen diariamente y cuántas no tenemos que echarnos en cara nosotros mismos! Pues bien, al obrar así, entendámoslo bien, imitamos la conducta de aquellos á quienes Jesús dió de comer, sanó de sus dolencias, hizo beneficios, y sin embargo, cuando en tropel debieron acudir á sus funerales y acompañar á la Madre de su divino bienhechor, permanecieron en sus moradas y no se atrevieron á concurrir adonde les llamaba el más santo de los deberes, la gratitud, por no malquistarse con los escribas y fariseos, por no hacer

profesión pública de discípulos del Crucificado.

Cualquiera de nosotros motejaría, y con razón, de mal hijo á aquel que sabiendo estaba su madre en una tribulación, en un quebranto, no acudiera presuroso á su lado, pretestando ocupaciones urgentes, negocios graves. ¿Qué más urgente ni más grave, diríamos, y con razón, que la piedad filial? Pues bien, nosotros todos somos hijos de la Santísima Virgen, ella nos ha adoptado por tales al pie de la Cruz, ya lo hemos visto: nosotros, como los habitantes de Jerusalem, somos deudores á Jesucristo de inmensos beneficios materiales y morales. Él nos da la vida, la salud, los bienes; Él conserva en el mundo las personas que nos son queridas y necesarias; por Él tienen feliz éxito nuestros asuntos y empresas; Él nos ha redi-

mido con su preciosa sangre, nos ha hecho nacer en el gremio de la Iglesia santa, para que podamos aprovecharnos de la redención; nos da el perdón de nuestros pecados en el sacramento de la Penitencia; nos alimenta con su carne y sangre adorables en la Eucaristía; nos ofrece, en fin, una ventura eterna en el cielo: ingratos seremos, hermanos míos, si no acudimos á sus funerales, si no consolamos en el duro trance en que ahora consideramos á su santa Madre María. Y para ello, no formemos propósitos efímeros, ni nos limitemos á derramar lágrimas estériles; formemos la resolución de cumplir fielmente los deberes de cristianos, despreciando todo humano respeto: si tememos que esto pueda perjudicarnos en concepto de alguien, consideremos que lo importante es no perder el concepto de

Dios, de cuya Providencia todo proviene, y que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza; y si esta reflexión no es bastante, consideremos á nuestra Madre, sola, triste, abandonada de todos, mirando sepultar el cadáver de su Santísimo Hijo, y comprendiendo entonces que nuestro puesto está á su lado, portémonos como buenos hijos, y á las burlas necias que puedan dirigirnos, digamos con firmeza: mi Madre, mi querida Madre, la Santísima Virgen, á quien tanto debo, la que tantas veces ha rogado por mí, sufre, y debo estar á su lado para consolarla, cumpliendo fielmente los deberes de cristiano. De esta suerte, no sólo no dejaremos abandonada á María en el entierro de su Santísimo Hijo, sino que, cuando llegue nuestra muerte, cuando ya persona alguna podrá valernos en este mundo, esta divina

Señora vendrá á su vez á consolar-  
nos en nuestras terribles angustias  
y ceñirá nuestra frente con una co-  
rona inmortal.

(Medítese como anteriormente.)

Madre dolorosísima.

Rogad por nosotros.

## Poesía.

¡Cuán sola está María!, cuán triste y afligida!  
Es de inmensa amargura un mar su corazón:  
Tórtola solitaria que en el desierto anida,  
Y con gemido triste demanda compasión.

Doblada la cabeza, pálida, sin aliento,  
Cual flor á la que falta del sol la clara luz,  
Las sendas del Calvario descende á paso lento,  
En pos de los varones que llevan á Jesús.

Era Jesús á ella cual flor al verde prado,  
Su vida, su alegría, encanto de su ser;  
Mas ¡ay! en vano busca la Madre al Hijo amado;  
Un cadaver tan sólo ante ella puede ver.

Cadáver, mas carece de pompa funeraria,  
Ni tiene quien consuele la Madre su dolor,  
Ni hay quien riegue con llanto la tumba solitaria,  
Do en breve sepultado quedará el Redentor.

Donde os halláis, estrellas de brillo refulgente,  
Venid, y al santo cuerpo servid de luminar;  
Él os formó de nada, con mano omnipotente,  
Y es justo su cadáver vengáis á iluminar.

Bajad, Ángeles bellos, de la celeste altura,  
Acompañad el cuerpo del Salvador Jesús,  
Consolad á María, que sufre la amargura  
De verse abandonada sin su vida y su luz.

Mas no; quiere el Eterno que aquel cuerpo bendito  
Baje al sepulcro solo, sin pompa, sin honor,  
Que al espiar el Verbo el pecado maldito,  
Todo el mal sea al justo y el bien al pecador.

Pero al menos los hombres, aquellos que dichosos  
Fueron favorecidos con milagros sin par,  
Al lado de María hoy vendrán presurosos,  
Si no á darla consuelos, al menos, á llorar.

Mas ¡ay! que son los hombres ingratos y crueles,  
Y olvidan beneficios cual humo que se va;  
Muy pocos á María en su dolor son fieles,  
Y vedla, desolada, junto al sepulcro está.

.....

Señora, á vuestras plantas vednos al fin postrados,  
Ingratos hemos sido, infieles en verdad;  
Graves é innumerables son ¡ay! nuestros pecados,  
Pero á tus pies venimos demandando piedad.

No nos deseches, Madre, por tus mismos dolores,

Pues que sois luz hermosa de paz y salvación,  
Y hallan en tí Abogada los pobres pecadores,  
Que, cual ahora nosotros, te dan el corazón.

Acompañemos á María en su soledad, rezando un Padre nuestro y siete Ave Marías.

Madre dolorosísima.

Rogad por nosotros.

### **Oración.**

Dolorosísima Madre de Dios y angustiadísimá Señora: vednos aquí ante vuestras plantas benditas, queriendo acompañaros en la triste soledad á que os ha reducido la muerte de vuestro Hijo santísimo. Comprendemos que una y mil veces hemos renovado vuestra aflicción, cuando imitadores de los judíos favorecidos por Jesús, y que, no obstante, os abandonaron en tan duro trance, hemos postergado nuestros deberes de cristianos á un vil respeto humano, á un

temor sin fundamento. Resueltos á no abandonaros más, os rogamos, Madre querida, nos alcancéis gracia para que, cumpliendo exactamente nuestras obligaciones, vivamos como fieles hijos vuestros y nunca os abandonemos, mereciendo así vuestra protección, para conseguir con ella la eterna gloria. Amén.

(Descanso como en la primera.)

#### MEDITACIÓN IV.

La Santísima Virgen regresa á Jerusalem.

Al llegar aquí, en vez de la lectura meditada, se dará principio al ejercicio titulado *Vía-sacra dolorosa*, compuesto por el R. P. Fr. Miguel Therrero, y que se halla impreso en Granada en 1881, el cual se practica en forma de *Vía-crucis*, que consta de siete estaciones, empezando en la

décima cuarta del *Vía-crucis* ordinario, siguiendo á la duodécima, de ésta á la nueve, luego á la sexta, después á la cuarta, y por último, á la segunda y á la primera, donde se termina. Conviene, pues, que todas las personas que quieran hacer el presente ejercicio adquieran, al mismo tiempo que él, la referida *Vía-sacra dolorosa*. Cuando se haya terminado ésta, se volverá al pie de la imagen de la Sma. Virgen, para concluir la piadosa práctica con la siguiente (1)

---

(1) Si este ejercicio se practica en una casa donde no puedan recorrerse estaciones, se leerán y meditarán las de dicha *Vía-sacra dolorosa*, sin moverse del sitio donde se hallen las personas que lo verificaren.

## MEDITACIÓN V.

La Santísima Virgen sola en su morada.

Ya está la Santísima Virgen en su morada, pero ¿cómo?; ¡sola, completamente sola. Consideremos los dolorosos pensamientos que acudirían á la mente de la divina Señora al verse en aquella casa, centro antes de todas sus alegrías y hoy de la tristeza y desolación. Allí reposaba como hombre verdadero su Santísimo Hijo; pero ya no existe; en vano le aguarda, como otras veces, su purísima Madre; la muerte ha roto los lazos que ligaban á la vida su humanidad, y el cuerpo, convertido en yerto cadáver, descansa en el fondo de un sepulcro.—¿Pero acaso,—preguntaréis,—estaba María completamente sola? ¿No habemos oído antes que San Juan, la Magdalena y las

otras piadosas mujeres se encontraban allí á su lado?—Sí, pero también hemos oído que, abrumados del mismo dolor, sus labios no podían pronunciar palabra alguna de consuelo. Además, y aun suponiendo que los piadosos acompañantes hubieran podido prodigarla alguno, no era posible pudiera caber en el pecho de María. Si el Sol que, esplendente, ilumina la naturaleza y difunde por doquiera la vida y la animación con su calor y su luz, apagara en un momento sus rayos, viérase á la naturaleza morir, digámoslo así, de dolor, sin que pudiera darla el benéfico calor que necesita para vivir, la luna, las estrellas y los demás astros. Pues bien, de la misma manera, María vivía por la influencia del Sol de Jesús; privada de él, criatura alguna puede llenar el vacío de su corazón. Ella sola, como la más perfecta de

todas ellas, amó á su divino Hijo con un amor cual no sintió jamás el Serafín más abrasado, su amante corazón latía en Jesús y por Jesús, era para ella el único y verdadero bien; privada de él, no se concibe pudiera continuar viviendo sin un milagro de la Omnipotencia divina.

¿Pero acaso, — quizá preguntéis también, — no sabía la Sma. Virgen que su Hijo adorable había de resucitar? — Ciertamente que sí. — ¿Pues entonces, cómo tanta pena por una privación de algunas horas? ¡Ah!, hermanos míos, y qué bien se descubre en esta reflexión nuestro corazón grosero y carnal! ¡Cuán perfectamente se muestra en ello lo lejos que estamos de comprender el verdadero Bien! Un pez sacado de las aguas parece inmediatamente, y por pronto que queramos volverle á ellas, la muerte se habrá anticipado

á nuestro deseo, porque para el pez no hay otro bien sino la linfa pura y cristalina que recorre en todas direcciones. La avecilla acostumbrada á surcar los aires con toda libertad, se entristece cuando se mira apri-  
sionada, y por rápidos que quera-  
mos franquearle los hierros de su  
prisión, la muerte habrá concluído  
su frágil existencia, porque no hay  
para ella otro bien que la libertad del  
espacio, y sin ella no puede vivir.  
Pues de la misma manera que el bien  
para que el pez ha sido criado, y que  
disfruta, es el agua, y el aire el del  
ave, el corazón del hombre ha sido  
criado para un Bien infinito, real,  
único que puede llenarle, satisfacer-  
le, hacerle feliz. Este Bien es Dios,  
su Criador; fuera de él, todo es qui-  
mera, vanidad, mentira. Comprende-  
dalo así con su purísima intelligen-  
cia la Santa Virgen; amaba á su Dios

y Señor como á su único y verdadero Bien, y habiendo gozado de este amor en las múltiples y expansivas relaciones de una Madre para con su Hijo, por la excelsa prerrogativa á que el cielo la destinara, fácilmente podemos comprender no era posible amar y poseer este Bien infinito, sin experimentar vivísimo dolor, al encontrarse separada de él, siquiera sólo fuese por algún tiempo. Nosotros mismos lloramos y lamentamos la separación de nuestro lado de las personas queridas, siquiera tras breves días volvamos á verlas: nuestro mismo corazón siente vacío, cuando nos vemos privados de un bien que apetecemos, aunque sea por breves momentos. Y sin embargo, ninguna comparación cabe entre el amor carnal que profesamos á nuestros parientes y amigos, entre el deseo satisfecho de un bien ma-

terial y el amor purísimo de María á Jesús, el gozo de poseer, como una Madre posee á su Hijo, el Bien infinito, lo que constituye la suprema y única felicidad de la criatura, Dios su Criador. Con razón, pues, la Santa Virgen, al encontrarse en su morada sin la prenda de su corazón, siente y se halla en la más completa soledad.

Por otra parte, no era sólo la pena de la privación de su Hijo la que torturaba el corazón de María; agregábanse á ella otras no menos intensas y terribles. Lentas y amargas transcurren para la pobre Madre las horas de aquella larguísima noche, que ahora conmemoramos: cuando los resplandores del nuevo día, produciendo el movimiento en la ciudad deicida, llegaron á la vista de la afligida Señora, volvió á recordar fielmente los sucesos del día anterior.

Vió de nuevo á su Hijo llevado de Tribunal en Tribunal, injuriado por la plebe, tratado como loco, azotado, coronado de espinas, pospuesto á Barrabás; volvió á seguirle por el doloroso camino del Calvario, le contempló espirante en la Cruz, le consideró cadáver en sus brazos y muerto en la actualidad en el Sepulcro, y recordando las últimas palabras de la Santa Víctima, y al verse constituida Madre de todo el género humano, el recuerdo del extraordinario número de hijos ingratos, para quienes serían infructuosas la pasión y muerte de Jesucristo, vino, por decirlo así, á producir nuevas oleadas de amargura, en el inmenso mar de dolores que anegaba su corazón. ¡Oh!, diría la afligidísima Señora. Mi Hijo muy amado saldrá en breve de las tinieblas del Sepulcro y, vencedor del pecado y de la muerte, re-

costrará la gloria de su divinidad, de que voluntariamente se ha despojado por salvar al pecador: mas ¡ay!, ¡cuántos de entre estos permanecerán para siempre enterrados en el sepulcro de sus culpas, siendo su eterno patrimonio las tinieblas y las sombras de la muerte! Aquí la Santísima Virgen lamentaría la pérdida de los pérfidos judíos que desconocieron al verdadero Mesías prometido, y recorriendo los siglos con vista profética, sufriría indecibles angustias, las angustias de una Madre que ve en peligro sus hijos queridos sin poder salvarlos; al considerar la multitud de perseguidores que pretenderían ahogar la Iglesia en ríos de sangre, la de los herejes que negarían los venerandos dogmas de la amada esposa del Hombre Dios, y la de los malos cristianos que, en todos los tiempos y en todos los

países, preferirían vivir eternamente sepultados en el sepulcro de su condenación, á reinar con Cristo en el cielo, á trueque de satisfacer criminales pasiones, de vivir entregados á sucios deleites, de enriquecerse por medios reprobados, de satisfacer la innoble envidia, cebando las lenguas murmuradoras en la honra y la reputación del prójimo.— ¡Hijos de mi alma!, — volvería á exclamar la desolada Señora; — no aumentéis, por piedad, los sufrimientos de vuestra Madre que os ama. Sed fieles á Jesús, y no destrocéis mi corazón con vuestros pecados.

Hermanos míos, escuchemos las voces de esta Madre dolorida nuestra, que se dirige á todos y á cada uno de nosotros. ¿Quién no tendrá que reprocharse alguna acción criminal? Aquí, en presencia de María Santísima, detestemos de todo cora-

zón cuanto hasta ahora nos ha apartado de la santa ley del Señor, formando la resolución de trabajar con todas nuestras fuerzas en extirpar la mala semilla de los vicios que se arraigan en nuestros corazones, con la ayuda de la divina gracia, á fin de que, una vez que hemos venido á acompañar á María en su soledad, nunca nos separemos de ella. Á muy poco trabajo encontraremos con su protección una recompensa sin fin.

Mucho sufrió, como hemos visto en estas Meditaciones, la Santísima Virgen; pero ¡cuán grande no fué su recompensa! Llegó tras su amarga soledad el momento de la Resurrección de su amado, le vió salir triunfante del sepulcro, y para consolarla en sus dolores, el Señor la hizo ver la multitud innumerable de Mártires, de Confesores, de Vírgenes, de quienes sería Reina, y que en todo tiem-

po. y de todos los países irían á aumentar el festín de las bodas del Cordero y á constituir la brillante corte de la Jerusalem triunfante. Como María, y por su intercesión, nosotros también seremos consolados, si secundando la gracia rompemos las ligaduras de la muerte de la culpa y resucitamos con Cristo. En breve nuestra Santa Madre la Iglesia, bendiciendo el fuego sagrado y con el alegre clamoreo de sus campanas, nos dará á conocer su regocijo por la Resurrección de Jesús, enseñándonos debemos como nacer á una nueva vida. Pidámoslo así, por la intercesión de esta divina Señora, á quien hemos acompañado en su soledad, y ella quiera darnos, en cambio á esta noche dedicada á recordar sus dolores, su protección durante la vida y después la bienaventuranza eterna. Amén.



Para conseguirlo, saludemos por última vez á María con un Padre nuestro y siete Ave-Marías.

Madre dolorosísima.

Rogad por nosotros.

### Oración.

Angustiadísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra: al venir á acompañarte durante las amargas horas de tu soledad, sentimos nuestro corazón traspasado del más vivo dolor, considerando que nuestras gravísimas culpas son la causa de tus aflicciones. Detestándolas con todas veras, te pedimos tu protección y ayuda para salir de este miserable estado y portarnos en lo sucesivo como hijos agradecidos vuestros. No permitas, Madre querida, que en adelante ningún cristiano, y muy particularmente los que reuni-

dos han practicado esta devoción ó cooperado á ella, sean causa de volver á lastimar tu corazón maternal. En breve, Madre querida, al ver tu Santísimo Hijo resucitado, experimentará tu alma tan grandes consuelos como han sido tus aflicciones; haz que todos participemos de ellos en alguna parte, alcanzándonos gracia para resucitar con Cristo, saliendo de la muerte de la culpa, y perseverar toda nuestra vida como verdaderos hijos tuyos, para que, asistidos con tu intercesión en las vicisitudes del tiempo, alcancemos al fin la bienaventuranza eterna, donde en cambio, á el corto rato que hemos estado á tus plantas en la presente noche acompañándote en tu soledad, lo estemos también por los siglos de los siglos. Así sea.

Saludemos por última vez á María

Santísima, diciéndola para despedida la siguiente (1).

### Salve.

*Dios te salve*, Virgen pura,  
Luz hermosa y rutilante,  
Más que la del sol brillante  
En toda su plenitud.

*Reina y Madre* de afligidos,  
Que á los tristes pecadores  
Guías con tus resplandores  
Por las sendas de virtud.

*De misericordia* fuente  
Inagotable y hermosa;  
De José la casta esposa  
Y Madre del Redentor:  
En tu Encarnación bendita  
*Vida, dulzura* y consuelo  
Nos das, pues abierto el cielo  
Quedó para el pecador.

Tú sola, *esperanza nuestra*,  
Al verte con Jesús niño,  
En los brazos, con cariño,  
Cual prenda de salvación,  
Nos le presentas, y entonces  
*Dios te salve*, repetimos,  
y á ti clamamos, pedimos  
Nos alcances el perdón.

---

(1) Si no hubiera tiempo ó estuvieran ya muy cansados los concurrentes, puede rezarse la Salve ordinaria y concluir con la Antífona.

Nuestro perdón, *desterrados*  
De la mansión bendecida,  
*Hijos de Eva*, nuestra vida  
Es sólo un continuo mal:  
Pero tú lograrlo puedes;  
Por eso *á tí suspiramos*,  
Que por tu ruego alcanzamos  
La delicia celestial.

*Gimiendo y llorando* un día  
Al pie de la cruz estabas;  
Morir en ella mirabas  
Á Jesús con gran dolor:  
De *este valle* la amargura  
También gustaste, *Señora*,  
Mas tu hijo en esa hora  
Nos encomendó á tu amor,  
Y os hizo nuestra *Abogada*  
Y Madre la más querida;  
En tu amparo está la vida,  
Puerta sois de salvación;  
Por tanto, *vuelve á nosotros*  
*Esos ojos celestiales*,  
Y conduce á los mortales  
Á la bendita Sión.

*Y después de este destierro*,  
Cuando allá en el alto cielo  
Podamos mirar sin velo  
Tu belleza sin igual,  
*Muéstranos*, dulce Señora,  
*A Jesús, fruto bendito*  
Que venció á Satán maldito  
En *tu vientre virginal*.

Todos, Reina, te bendicen;  
Todos á la vez te aclaman,  
Y con justicia te llaman  
*¡Oh clemente!, ¡oh dulce!, ¡oh pia!*  
Pues tales nombres tenéis  
Y con ellos te invocamos,  
No permitas te perdamos,  
*¡Oh siempre Virgen Maria!*

*Ruega* por cuantos ahora  
Meditamos tu dolores,  
Y con inmortales flores  
Ciñe un día nuestra sien;  
Que bien ves, *¡oh Santa Madre*  
*De Dios!*, como á tí venimos,  
Y nos conduzcas pedimos  
Por los senderos del Bien.

Acepta este corto obsequio  
De nuestra piedad en signo,  
Y ¡ojalá que fuese digno  
De Reina tan celestial!  
Mas nuestra flaqueza es tanta,  
Que tal cosa no podemos;  
Tómale cual le ofrecemos,  
Por vuestro amor maternal.

Y haz que todos consigamos  
Cuando llegue nuestra muerte,  
El que merezcamos verte  
Ya libres de todo mal;  
Así *alcanzar* lograremos  
*Las promesas de Jesús,*  
*Gozando* la eterna luz  
En la patria celestial.

## **Antífona.**

Reina del cielo, alégrate, ¡aleluya!,  
porque Aquel que fuisteis digna de  
llevar en las entrañas, ¡aleluya!, re-  
sucitó como lo dijo: ¡Aleluya!

Ruega á Dios por nosotros: ¡Ale-  
luya!

Ÿ. Gozaos y alegraos, Virgen Ma-  
ría. ¡Aleluya;

Rf. Porque verdaderamente re-  
sucitó el Señor. ¡Aleluya;

## **Oración.**

¡Oh Dios, que te dignaste alegrar  
al mundo con la Resurrección de tu  
Hijo Jesucristo Señor nuestro!; con-  
cédenos que, por la intercesión de su  
Madre la gloriosa siempre Virgen  
María, logremos conseguir los go-  
zos de la vida eterna: por Nuestro  
Señor Jesucristo. Amén.



